

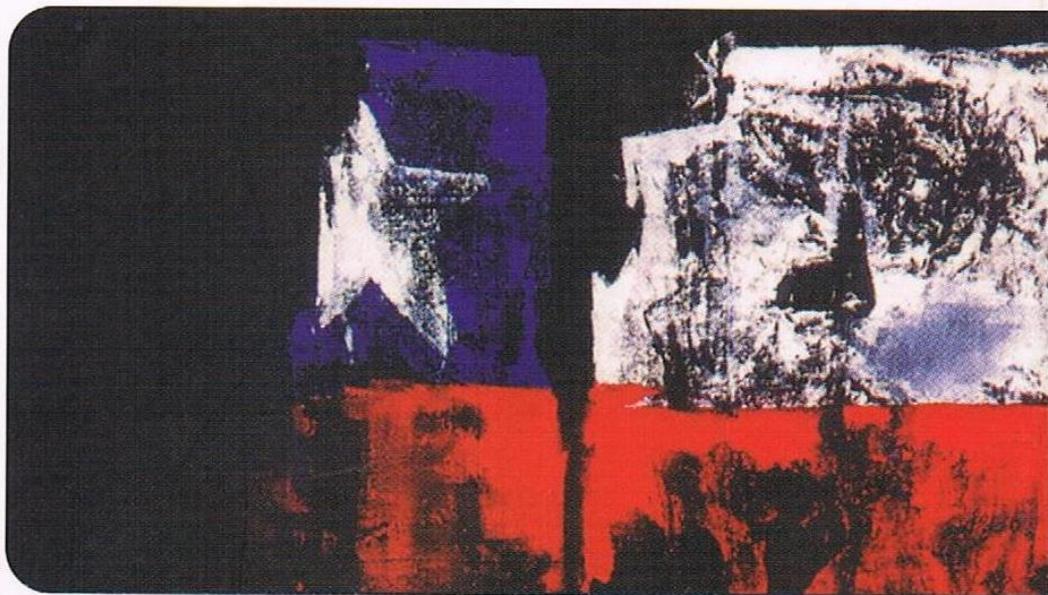
Sociedad y derechos humanos

Encuentros con la memoria

Archivos y debates de memoria y futuro

FARIDE ZERÁN / MANUEL ANTONIO GARRETÓN

SERGIO CAMPOS / CARMEN GARRETÓN (Editores)



Ciencias Humanas

LOM
EDICIONES

La memoria del dolor como fundamento del futuro y de la democracia

ALAIN TOURAINE*

Jorge Semprún, militante político, después ministro español y luego escritor francés, publicó hace poco un libro de Memorias sobre su vida, sobre sus años en Buchenwald. En el prefacio, Semprún, un hombre de alrededor de 60 años, escribe lo siguiente: “Durante años fui consciente que yo tenía que escoger entre dos soluciones, o hablar y morir o quedarme silencioso y vivir”. Él, obviamente, se refería de manera directa al caso de Primo Levi –en su famoso libro *Si eso es un hombre*– químico italiano deportado a un campo de concentración, que escribió dos, tres, cuatro libros y que después se suicidó.

Un libro escrito un poco antes por una socióloga, reunía una serie de entrevistas a sobrevivientes judíos o judías de los campos de exterminación y a veces de los campos de concentración, personas que vivían la gran mayoría de ellos en Estados Unidos o en Francia. Esta investigadora, ella misma hija de una familia judía polaca que había sufrido mucho, descubrió que la mayor parte de esas personas, de esas víctimas, no habían hablado a nadie, durante toda su vida, de su experiencia por la misma razón, o hablo y muero, o intento vivir, y eso supone que no se hable de lo que es insoportable, que no se puede contar lo que no se puede vivir. Si uno va al país de los muertos no puede regresar para contar cómo era la vida en ese lugar de destrucción de la vida. Yo creo que ese es el punto de partida: el silencio. No el silencio que viene de la vida diaria, no el silencio que viene del miedo o de la conciencia de que otras personas no se interesan, sino el silencio normal y necesario cuando se trata de enfrentarse con una experiencia fuera de las categorías que permiten un discurso.

Como todos sabemos, en la mayor parte de los países, sino en todos, después de, por ejemplo, la Segunda Guerra Mundial, hubo un período de silencio. Incluso si uno considera el caso de Alemania, que después fue un país que, por el contrario, hizo un gran esfuerzo para hablar, analizar y explicar lo ocurrido, durante quince o veinte años en este país los libros de historia de enseñanza media no mencionaban el mundo nazi. Algunos se acuerdan de una película que fue hecha con los jóvenes y que se llamaba “Hitler, no lo conozco”. En

* Sociólogo y Doctor en Sociología. Ex Director de la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales de París. Presidente Asociación de Investigación y Estudios de los Archivos de América Latina.

Francia ocurrió lo mismo, aunque a un nivel menos dramático, y también hay una película de dos autores que por primera vez empezaron a describir la situación durante esos años; antes se había construido una ideología muy bonita, muy heroica, pero que no tenía casi ninguna relación con la realidad.

Entonces nuestro punto de partida es éste: en esta parte del mundo, como en otras, primero hubo silencio. Silencio por la dificultad de hablar, silencio aun más porque los familiares querían, antes que todo, vivir de manera privada la pérdida de los miembros de la familia, el dolor, la desaparición, la tortura, el quiebre de muchos vínculos familiares o de amistad. Yo creo que hay que aceptar escuchar -como en una ceremonia militar, religiosa, política, cívica- el momento del silencio, el minuto del silencio que normalmente dura una generación. A partir de ese momento y sin que desaparezcan las razones básicas del silencio, el carácter insoportable del pasado, aparecen luces, se oyen voces, se organizan investigaciones o trabajos, surgen análisis y debates. En ese proceso estamos ahora en esta parte del mundo. Esa es la razón de ser de esta reunión de ayer y de hoy, como de las reuniones que acabamos de tener con la Asociación Francesa para el Estudio de los Archivos de América Latina, en Buenos Aires y en La Plata en Argentina, en Asunción y en Paraguay: tratar de reflexionar sobre las etapas, los elementos constitutivos de este proceso casi imposible de prever, de pensar, de analizar de antemano. Proceso que puede fracasar en cualquier momento y que corresponde al pasaje, la transformación, casi la transustanciación de la muerte en vida, del dolor en esperanza y también, a la voluntad de condenar a los responsables en voluntad de lucha, a través de métodos jurídicos y políticos, contra los regímenes que han destruido tantas democracias.

Como tengo poco tiempo, yo quisiera seguir un poco el camino que recorre este esfuerzo, este gran movimiento del cual no somos conscientes o muy poco, pero en el cual participamos todos, más o menos activamente, más o menos dolorosamente y eso depende a la vez de nuestra experiencia personal, y del contexto histórico que, por supuesto, tiene una gran importancia. Me parece -y esa es la razón por la cual nuestra reunión se organizó como lo hemos hecho y fue organizada como lo fue- que el punto de partida es la voluntad de saber. Yo creo que ese es el primer momento de una toma de conciencia, de una distancia del análisis.

Eso nos recuerda una historia, un mito famoso de los griegos sobre la necesidad de saber dónde está el cuerpo del hermano para que tenga una sepultura que es necesaria, en esta religión cívica, para que el muerto pueda pasar a otro mundo en paz. Voluntad de saber que es una voluntad a la vez personal, íntima, y desde el comienzo, una voluntad de conocer no solamente a las víctimas, sino también a los culpables. Entonces, en esta voluntad de saber la gente busca de

algún modo una cierta paz del espíritu, del alma, y a la vez quiere denunciar, quiere protestar contra la impunidad. Eso lo vamos a encontrar en todas las etapas. Ya desde el primer momento hay una mezcla de intimidad y publicidad, la búsqueda de una paz individual y colectiva y la búsqueda de la eliminación – de tipo médico si uno quiere– de la fuente, del origen del dolor, del “malo” de la catástrofe. Y es por eso que lo que estamos haciendo y lo que hemos hecho en estos últimos tiempos, tiene un punto de partida, exactamente 10 años atrás, en diciembre de 1992. Ese día, de una manera un poco curiosa y no muy bien conocida, un abogado paraguayo –el Sr. Almada– encuentra, no muy lejos de Asunción, algo así como 10, ó 12, ó 15 toneladas de papeles que eran los archivos de la policía política paraguaya. Mucha gente, él, nosotros y muchos más estamos interesados, como todos sabemos, en la Operación Cóndor, porque se trata de la prueba de una organización internacional del crimen. Organización que no ha desaparecido porque tenemos documentos que tienen dos o tres años de un coronel de un país al coronel de otro país, pidiendo la lista de los subversivos de su país en la otra nación.

Los archivos que se encontraron no eran los Archivos de la Operación Cóndor, los que se llaman ahora Archivos del Terror o del Horror, pero estaban llenos de casos; en particular, por la situación geográfica de Asunción, de un gran número de casos de argentinos que fueron llevados a Paraguay y, muchas veces, enviados de nuevo a Buenos Aires o, como todos sabemos, que en algún momento fueron tirados al mar. De ahí que un número importante de crímenes fueron descubiertos. Así, cuando, por ejemplo, el general Pinochet insistía en la defensa de la nación chilena frente a una coalición internacional, la realidad era exactamente lo contrario: había una alianza internacional contra militantes de tal o cual país, en gran medida de Chile, y todos conocemos algunos nombres muy famosos de personas, de políticos u otros asesinados.

A partir de este momento, en muchos países hubo un gran esfuerzo para encontrar documentos, porque un documento era una prueba. Resulta interesante, que recientemente, el mismo Almada, encontró unas toneladas más de papeles e hizo incluso un CD Rom con 1.500 documentos que están disponibles. Estos documentos fueron muy útiles. Por ejemplo, hay cientos de documentos que fueron seleccionados por el equipo del abogado Garzón, que se los llevó a España, yo tengo los mismos en París y poco a poco se ha ido formando una visión, insuficiente por supuesto, pero más o menos estructurada de esto. Es interesante volver sobre este punto. Antes de ayer yo hablaba con Almada y me contaba que todas las semanas recibe visitas, en general de antiguos oficiales o policías de nivel bajo, capitán o menos que capitán, que por una razón u otra –para protegerse, por mala conciencia– ofrecen documentos, y

hay algunos casos, que se conocen mejor, de gente que ha negociado documentos como un salvavidas.

Es decir, poco a poco se creó un tipo de conciencia muy fuerte respecto de que "la verdad" dependía, sobre todo, de la formación de archivos. La semana pasada estuvimos con algunas personas en La Plata, y el gobierno provincial de La Plata ha entregado a un grupo de asociaciones pro memoria de la Provincia de Buenos Aires, un edificio donde funcionó la policía política y donde hubo torturas y en cuya bodega se encontraban los documentos: cuatro millones de piezas. Los argentinos empezaron a trabajar de una manera estupenda y ahora todos los documentos están protegidos y digitalizados, lo que representa realmente un esfuerzo de decenas de personas a tiempo completo.

El proceso chileno fue distinto, no hay un gran fondo de archivos. Cuando hablo de archivos hablo de archivos que se pueden consultar. En el caso paraguayo están en la Corte Suprema, en un piso de la Corte donde estuve dos días atrás por segunda o tercera vez. El caso de La Plata, Buenos Aires, ya lo mencioné. Uno puede discutir la forma, el proceso, el nivel de concentración, pero nadie puede rechazar la idea de sentido común, de cualquier historiador de base, que si no hay documentos no se puede hacer nada y que necesitamos documentos que sean estudiados, que sean comparados, que sean cruzados.

Como ya lo mencioné, yo diría que en el mismo momento en que se siente la necesidad de saber, es decir, que aparece el valor verdad, aparece también un valor que tal vez no es todavía justicia, pero que es una cosa más inmediata y más profunda, y que no debe desaparecer de ninguna manera, que es la protesta moral y política contra el escándalo. Es el rechazo que va mucho más lejos, que no significa rechazo o no querer hablar o escuchar más, sino que es el rechazo a quienes cometieron los crímenes –y, por lo tanto, hay que identificar a los culpables–, y a la impunidad –y por lo tanto, de cualquier forma hay que analizar las responsabilidades y condenar las responsabilidades–. Como ustedes saben, en muchos países, incluso en la gran mayoría de los países latinoamericanos, como también en Sudáfrica, con la excepción curiosa de Paraguay, han existido comisiones de Verdad y Justicia. Este momento, fundamental, parece haberse vivido en una forma u otra, prácticamente en todos los países. Ya no estamos, y algunos pueden decir que estoy equivocado, en el primer período del silencio del trauma, creo que ya hemos entrado a este segundo momento que es el momento de la voluntad de saber y la voluntad de condenar y de rechazar.

Es a partir de este momento, que entramos en un tercer período que se observa, yo diría, en todas partes: el rechazo de lo que acaba de ser descubierto, por las razones más diversas.

En general, eso se expresa con “hay que dejar los muertos sepultar a los muertos; hubo tanta violencia que mejor no hablar más de eso; hay que mirar hacia el futuro, hacia el sol, hacia el día, no hacia la noche”. Más concretamente, también se expresa en el tipo de declaración, que no tiene mucha solidez y donde se descubre rápidamente que encubre otras cosas, respecto de que, después de todo, no era tan mala la situación previa, que eso tal vez era un precio que había que pagar, pero que la cosa no era tan mala; incluso sin volver a una dictadura, la mayoría; de los argentinos dicen: era mucho mejor con Menem, con un peso fuerte; los paraguayos dicen: era mucho mejor con Stroessner y otros, en la misma proporción dicen que en algunos casos es mejor un régimen autoritario a uno democrático. Parece que, después de ese segundo momento de mayor conciencia, de este progreso continuo de la conciencia, viene este otro momento.

En este caso yo hablaría un poco como un psiquiatra, porque creo que es un momento inevitable en el proceso, de la misma manera que a un estudiante de medicina cuando estudia se le enseña a respetar al enfermo, pero cuando llegan al cuarto o quinto año se vuelven duros, violentos, punitivos, porque el joven tiene que luchar contra la muerte que lo rodea. Después de uno o dos años se vuelve al comportamiento más humano.

De ahí que el problema del momento actual, del período actual, es que estamos todos más o menos en este período, entre el período de marcha atrás y a la vez de pasaje a un análisis de tipo político histórico. Ahí, la gente que muchas veces tenía razones ya sea familiares, por amigos, militantes políticos, o porque habían participado en la lucha por la verdad y contra la impunidad, de repente se encuentra aislada.

En el momento actual, tenemos que interrogarnos de manera un poco más profunda sobre las próximas etapas que pueden venir, sobre las posibilidades de esta toma de conciencia, de sobrevivir a este período de reacción a veces violento. Eso nos obliga a entrar en temas que no voy a analizar aquí, porque son obviamente mucho más amplios, pero que, para decirlo en una palabra, es evidente que la actitud de la población depende básicamente del juicio que tiene sobre el sistema político actual. El caso que me permito evocar, porque realmente es extremo, es el de Paraguay. Nadie piensa que Paraguay vive en democracia, por supuesto que no vive en un régimen autoritario –eso sí, yo creo que hay que esperar unos meses más– pero, seguramente, no vive en democracia. Viven en un tipo de partitocracia donde el mundo político reemplaza a la sociedad, a la economía, todo lo que nosotros conocimos muchas veces en varios países de América y de Europa.

Entonces, cuando una población tiene la impresión de que después del régimen autoritario vino la no democracia, que no hubo mejoramiento de la situación de la gente, que no hubo disminución de las desigualdades, que no hubo, en muchos casos, desaparición de la violencia en los comisarios de policía, entre otros, es evidente, y se entiende fácilmente, que no se puede desarrollar un movimiento contra el pasado. Para que la actitud frente al pasado se transforme en una actitud frente al futuro, tiene que pasar a través de las actitudes frente al presente, es tan sencillo como eso.

Esa es la situación actual, diría yo, de los dos países que hemos visitado estos últimos días, mencioné Paraguay, pero yo tengo –puede que esté equivocado– una visión igualmente pesimista sobre Argentina. Sea desde el movimiento social tipo piqueteros, sea, por el otro lado de los dueños del país, hay en ambos una conciencia fuerte de que el país ya no está en condiciones de funcionar, que nadie tiene el control de la situación y que vamos a un enfrentamiento, a un tipo de no democracia civil, no de un día a otro, pero que, mañana, puede transformarse en un golpe militar. En esta situación ocurre lo que cada uno imagina fácilmente: rupturas, radicalización de grupos, y la gente que habla en nombre del pasado ya habla en nombre del futuro, pero con la misma fuerza y de cierta manera se siente un deber de lucha frente a las víctimas o al recuerdo de las víctimas del período anterior. En Argentina esa es una cosa impresionante: el recuerdo de las víctimas aumenta y se vuelve casi una obsesión.

Entonces yo veo a ojos cerrados, calles de Buenos Aires con sangre, por otro lado, manipulación de los pobres, de la clase media; se dice –por ejemplo– que hay que limpiar las calles o que hay que eliminar a estos ladrones que son los militantes políticos. Para utilizar el vocabulario que todo el mundo utiliza, Argentina y Paraguay parecen haber avanzado mucho más que Chile, incluso se oye en todas partes: “Argentina país de memoria, Chile país del olvido”. De cierta manera esto es cierto, pero los significados son casi opuestos, es decir, que lo que pasa en la Argentina o en Paraguay es casi desesperante, hay una ausencia de esperanza, una ausencia de confianza en el régimen político. Yo creo –y esto seguramente será un tema de discusión– que Chile por el contrario (y en una situación muy frágil con razón o sin razón, ese no es mi problema) ha avanzado poco, pero no se encuentra hoy en una situación de peligro como los dos países vecinos.

De ninguna manera señalo esto para decir que “el que va lento, va seguro, el que va seguro va lejos”. No, lo digo para sugerir sencillamente que en la situación actual, después de tantos años, durante un proceso que poco a poco ha ido viendo ciertos signos positivos –personas culpables enjuiciadas, por ejemplo–. Yo creo (y ustedes discutirán esta sugerencia) que Chile está en condiciones

de pasar al cuarto momento, el de la memoria del dolor como fuerza del futuro y la democracia. Entonces, nosotros hoy en esta sala, tenemos la responsabilidad de decir a este país que ha llegado el momento, sin tomar riesgos inútiles, pero por una razón de verdad y de justicia, de avanzar más, es decir, de pensar más y más allá de lo hecho hasta ahora.

Y con eso quisiera terminar esta introducción demasiado larga y esta reflexión demasiado breve, diciendo cómo el recuerdo, la preocupación por la verdad, la preocupación por la lucha contra la impunidad y el rechazo a la dictadura, cómo todo esto puede ser sangre nueva para los años que vienen, por una democracia nueva, por una nueva cultura de democracia, y es eso lo que yo quisiera explicar o introducir como idea rápidamente.

Lo que yo pienso, y por eso estoy aquí o en esta región, es que estos temas de la memoria, de la defensa de los derechos humanos, de la formación de Archivos, de las Comisiones de Verdad, todo eso, en mi opinión, representa una parte tal vez central o, por lo menos, muy importante de la formación de una nueva cultura democrática. No hay continuidad desde mediados del siglo XIX, después de un largo período de un concepto grandioso de la democracia, —el concepto, digamos, de la Revolución Francesa, de la Revolución Americana, hasta cierto punto del proyecto bolivariano—. A partir de mediados del siglo XIX todo eso pierde su fuerza y aparece una nueva imagen de la democracia, que es una democracia social y económica donde la figura del ciudadano no desaparece, pero está reemplazada en primera plana por la imagen o la figura del trabajador. Y lo que digo en pocas palabras es que, en este comienzo del siglo XXI, a su vez, también está agotada esta democracia económico y social. Hubo ocasiones en que se llegó a caer en el escándalo, en regímenes totalitarios. En otros casos este welfarestate, esta socialdemocracia de un tipo u otro, perdió su capacidad de crear igualdad y mientras el costo aumentaba, el efecto de igualación disminuía. Entonces, frente a este mundo económico más o menos integrado a nivel mundial, no sabemos dar una respuesta a la pregunta de cuál es la figura de la democracia hoy, de dónde viene, si será del mundo del trabajo o del mundo de la vida política.

En este sentido, quiero decir aquí que lo que ha caracterizado al período anterior, lo que en los colegios del año 4000 se enseñará como la definición del siglo XX especialmente europeo, no será que se han inventado algunas maquinatas o que el nivel de vida ha aumentado en ciertos grupos sociales, no, sino que fue el siglo de los campos de concentración, que fue el siglo de los totalitarismos, que fue el siglo de los regímenes autoritarios, que fue el siglo de las dictaduras y de las políticas represivas. ¿Qué significa eso? Significa que no hay más una figura específica frente a un mal total. Por supuesto que hay que

defender al ciudadano, por supuesto que hay que defender al trabajador, por supuesto que hay que defender a los derechos culturales de las minorías de tal o cual grupo social, pero la experiencia fundamental de nuestro siglo es que el significado de la democracia no está más en los grupos, en las categorías colectivas, está en el sujeto personal en cuanto la individualidad por su propia naturaleza, resiste a visiones hiper colectivas (como esta palabra confusa, globalización, que es una palabra cuya finalidad es sencillamente evitar cualquier tipo de acción: no podemos hacer nada porque el poder económico es mundial y nosotros estamos aquí en un pequeño país, así que no podemos hacer nada). Lo contrario es lo que dice la experiencia real del dolor personal, de la esperanza personal en un individuo. Y yo diría que sí hay una figura del espíritu de libertad y de democracia, diría yo, en este momento del siglo, es lo que escuchaba una vez de dos mujeres negras en Brooklyn. Sus hijos estaban encarcelados y estas mujeres decían: “pero es normal que esto suceda porque todo el mundo les tiene desconfianza y estos chicos tienen confianza solamente en una persona, su madre”. No estoy diciendo que la relación hijo-madre vaya a disolver los problemas sociales del mundo, lo que quiero decir y que me parece cierto, es que la formación, la protección del individuo, como sujeto libre y responsable, es la base de todo. Por eso es que el aspecto íntimo del dolor de los familiares de los desaparecidos está cargado de la sustancia de la cual se produce, se organiza, se nutre la democracia de hoy. La idea de derechos humanos tiene más y más fuerza no porque agregamos a los cívicos otro tipo de derechos. Lo que es fundamental, sino por la razón casi contraria, es que en el momento actual, cuando nosotros utilizamos las palabras “derechos humanos”, al fin y al cabo, lo que queremos decir, es el derecho de cualquier individuo de ser humano y de ser reconocido como ser humano, es decir, que su individualidad, su libertad personal, sus características sociales y culturales sean reconocidas.

Bueno, termino con eso porque es un largo camino desde la voluntad de saber, saber dónde está el cuerpo. Como me decía la presidenta de las abuelas de Mayo: “lo que quería saber es cómo habían matado a mi hija y finalmente me enteré con la radiografía de un hueso, y ahí descubrí que lo que me habían dicho era falso: el estudio médico demostró que la habían matado –además esta persona estaba embarazada– de otra manera y más brutal de lo que se decía”. Ese es el comienzo. A partir de este comienzo el camino es complicado y se puede perder de varias maneras, como lo indiqué, hasta que, y eso es una responsabilidad nuestra, esta voluntad, este dolor personal, esta realidad íntima aparezca o se transforme en la fuerza central de no solamente una resistencia a las antiguas dictaduras, sino de la fuerza inventiva. Se trata que este dolor

individual irreductible, se transforme en la gran fuerza de invención de las democracias que, mañana o pasado mañana, no en todas partes, pero sí en muchas partes, tendrán que resistir a nuevos ataques de nuevos regímenes autoritarios.

En su dilema de vida, hoy y futuro, después de las desgracias, García Márquez nos hace pensar el momento, en el epígrafe, que la vida no es lo que uno vivió, sino lo que uno recuerda y cómo lo recuerda para contarla. Hay así un juego de palabras bastante más profundo, lo que se nos está diciendo es que para contar hoy que haber vivido, a través de la vida propia o de la que le han transmitido, para para decir hoy que haber vivido, es decir, nuestra vida es el relato que nos hacemos de ella, lo que es válido para los individuos, para las personas, para los seres humanos es también válido para las colectividades, ellas son lo que se cuenta, lo que se relata, lo que dice de sí mismas, por lo tanto no hay nada más humano y animal que contar. Hay que contar nuestra vida. La vida es un relato que se va escribiendo página a página que se va leyendo, pero que es una sola página que se escribe una y mil veces.

Qué recordar?

Alain Touraine recuerda en su libro de 1974 "La escritura de la vida", donde plantea el problema que hablo y se resuelve. Porque hay una historia de un relato de este que los tiempos pasan, que no se refieren a la suma de las historias individuales, aunque cada uno tiene sus días, y eso es lo que hay que contar.

Desde el punto de vista de nuestro país, lo que tenemos que recordar, además que tenemos que contar, es el relato que es el relato de la vida que estamos viviendo, está formado por una parte de la vida, y por una amalgama de algunos hitos históricos. Ello es así al menos para nuestra generación y para los que vienen, como algo distinto de lo que puede haber sido en el siglo XIX. En ese momento los hitos eran un relato, los proyectos de transformación de la sociedad, ciertos hitos más distantes, que trascendían y que fueran distintos de un modo que rompía la fuerza de la vida, los recuerdos que estaban en el presente. Por eso, más allá de lo

¹ Rodríguez Domínguez, María Teresa. "El tiempo y la memoria en la obra de García Márquez." *Revista de la Universidad de Chile*, 1998, pp. 101-110.